

Reseña. *La enfermedad del dolor*. Alejandra González Celis, Santiago de Chile, Ediciones del Pez Espiral, 2022, 101 páginas.

Disputa por la palabra del cuerpo enfermo

*Tengo la garganta convertida en un ojo
que llora todo el día (p.26)*

Trabajadora social y poeta, Alejandra González Celis (1976) publica por primera vez en 2003 *La enfermedad del dolor* a través Ediciones del Temple, el cual es reeditado en 2022 por Libros del Pez Espiral; en 2018 publica su segundo libro *Jauría*. Actualmente, se desarrolla como docente y escribiendo ensayos en diferentes medios. Con su primer libro, se inserta dentro la generación del 2000; sin embargo, la reedición dentro del contexto pandémico y la experiencia personal de la autora con el sistema hospitalario y que es mencionada en el mismo prefacio del poemario, renuevan temporalmente las significaciones de la enfermedad.

El libro *La enfermedad del dolor* cuenta con una extensión de ciento un páginas y se encuentra organizado en cuatro secciones principales: “Hay un muerto durmiendo en las venas de mi brazo”; “Mi aliento tiene sabor a antibióticos”; “Mi aliento no tiene sabor a nada” y “Glosario”. Las primeras tres están constituidas en un formato poético cuya estructura es en versos, mientras que el último apartado del poemario corresponde a definiciones de algunos términos presentes en los poemas. Igualmente, en esta edición que reseñamos, el libro incluye un breve texto que funciona como prólogo o adelanto respecto del contenido posterior. Este apartado, llamado “Bastón”, está elaborado en una forma poética-narrativa y se encuentra firmado por la propia autora. Aquí se introduce la problemática que domina el poemario: la enfermedad, la enunciación y la escritura frente a la ausencia de lo oral.

A rasgos generales, el poemario de Alejandra González se entrega a la encrucijada del poder decir el cuerpo enfermo: la representación de la enfermedad se erige como el asunto sobre el que gira la reflexión de los poemas. En este sentido, el espacio médico se construye como una materialidad coercitiva, mecánica y áspera; la intervención de los cuerpos enfermos mediante un sinfín de artefactos que, manipulados por la autoridad hospitalaria, impactan sobre la subjetividad de sus identidades. Dentro de un sistema que fragmenta la corporalidad para leer aisladamente el funcionamiento de los órganos, la intimidad de la hablante lírica también parece fragmentarse, y es desde ahí donde emerge una pulsión de escritura como posibilidad de canalización de la experiencia. En este sentido y en términos psicoanalíticos si se quiere, los poemas presentan la palabra –entendida desde la enunciación de la enfermedad– como una vía de sanación, ya que abre un punto de fuga desde la claustrofobia hospitalaria e intenta devolver la capacidad enunciativa al cuerpo afectado por la enfermedad. De tal manera, en los límites de este imaginario es donde se desarrolla la batalla por la palabra, o bien, la capacidad comunicativa de la experiencia particular de la hablante lírica. Dado el conocimiento del sistema médico que el poemario entrega al lector y a la lectora, es posible afirmar que en el gesto poético de la escritura se encuentra una resistencia frente al saber tautológico positivista que impera dentro de los muros del hospital.

La primera sección del poemario, “Hay un muerto durmiendo en las venas de mi brazo”, es la más breve del libro y realiza un recorrido por la sintomatología de la enfermedad. El dolor aparece como un sujeto invasor, cuya extranjería en el cuerpo causa un sufrimiento a la voz poética,

lo que es imposible de ser representado en la medida que no puede ser transmitido al lector/a. Los dos primeros poemas “Estómago I” y “Estómago II” son los que se encargan de hacer saber al lector/a el malestar físico de la hablante lírica; mientras que el resto de los poemas en esta parte del libro, hablan ya de la experiencia de la enfermedad en el espacio estéril del hospital. Desde el inicio, es posible leer que la entrada al sistema médico es forzosa, tal como lo señalan los siguientes versos del poema “7”: “Tibia y dormida . . ./he sido arrastrada a esta orilla del camino” (p.17). Podríamos decir que este es el punto en donde se sustrae totalmente la voz de la hablante hacia el no-reconocimiento del propio saber de su organismo enfermo; aunque la sujeto sabe que la enfermedad no tiene cura y que el saber médico solo toma posesión de su cuerpo para higienizarlo y dar término a la enfermedad. La curación más bien se manifiesta como una suerte de tortura moderna en que la medicina exhibe los cuerpos sometidos por la autoridad hospitalaria con el fin de sofisticar los métodos de aplacamiento al cuerpo enfermo, según el paradigma cientificista. Así, el síntoma de los primeros dos poemas deja de ser escuchado, produciendo un efecto de despersonalización por parte de la sujeto enunciante: “Habitando un cuerpo que no me existe” (p. 18). Ahora el cuerpo sintomático deja de ser propio, para pasar a ser objeto de la manipulación médica.

Luego, el segundo apartado de *La enfermedad del dolor*, está concentrado en el silencio y en el imaginario industrial del hospital. Aquí los poemas enfatizan el carácter artificial de la maquinaria que mantiene vivo al cuerpo enfermo, entendiendo esto como algo ajeno, inorgánico y extranjero respecto de lo propio. La máquina ingresa de un modo hostil en las corporalidades: respiradores mecánicos, prótesis de titanio y agujas que infligen dolor forman parte del cotidiano en “Mi aliento tiene sabor a antibióticos”. Asimismo, en la medida que estos artefactos domestican el cuerpo, hacen que este pierda la facultad de decir el síntoma, construyendo una atmósfera asfixiante que busca el medio por el cual enunciar. Desde esta perspectiva, la grafía de los poemas, entendiéndose como la manifestación material del lenguaje, es la forma en que la experiencia de la hablante es expresada. Igualmente, esta sección del poemario evidencia una progresión temática respecto de la recién tratada, ya que aquí es posible leer la vivencia del proceso de operación del cuerpo y el correspondiente postoperatorio luego de la inserción forzosa al hospital narrada en la primera parte. A partir de lo traumático, el silencio es impuesto tanto por la mecánica médica como por el sistema de dominio hospitalario, convirtiéndose en una pesadilla que aflige la subjetividad de la voz poética, cuya boca se encuentra imposibilitada de comunicar el estado por el que atraviesa su cuerpo. Luego del corte quirúrgico en la piel y la introducción de objetos ajenos, la enunciación poética se encarga de transmitir al lector/a una sensación de putrefacción que emana desde dentro del mismo cuerpo: “Cada pedazo de piel podrida/ colgando de mis huesos de titanio” (p.29). Ante la manipulación arbitraria por parte de la autoridad médica sobre la corporalidad de la hablante, un impedimento de reconocerse en la propia piel es ocasionado, lo que enfatiza la pérdida de poder sobre el existir siendo una corporalidad enferma, y evoca la imagen de morir dentro del cuerpo que es mantenido con vida artificialmente. La vida precarizada por la domesticación de la corporalidad significa putrefacción para la hablante lírica.

Más adelante, en “Mi aliento no tiene sabor a nada”, el discurso poético sigue avanzando, pues así como nos referíamos al momento en que el cuerpo es intervenido en el apartado anterior, aquí se alude a los rastros materiales e inmateriales que deja la reclusión dentro del hospital. El título nos deja entrever la dirección que toma la enunciación poética, pues el hálito pasa del “sabor a antibióticos” a tener “sabor a nada”; hay una suerte de recuperación en el cuerpo, aunque pareciera que dicha recuperación cuenta sólo para el cúmulo de exámenes que entregan datos acerca del funcionamiento sobre los diferentes órganos corporales. Por ejemplo, en el poema

“Asalto”, la voz poética se refiere a la incapacidad de su cuerpo para funcionar sin el aparataje técnico del hospital: “No sé respirar/ Nunca nada/ me perteneció realmente/ ahora tengo que comenzar/ con toda esta cantidad de abandono” (p.51). Lo cierto en la realidad construida desde la subjetividad de la hablante lírica, es que lo que comprendía como propio ya no puede funcionar sin el artificio médico. El “sabor a nada” remite justamente a esto: el cuerpo recuperado no es más que un parásito vaciado de todo contenido individual. Ahora la domesticación corporal instaurada por la fábrica-hospital, es perpetuada por el consumo crónico de drogas reguladas que sostienen el adormecimiento de la subjetividad. Nuevamente la disputa por la necesidad del decir la enfermedad es un eje fundamental, ya que la sujeto enunciante politiza la experiencia de un cuerpo adiestrado por la medicina en el acto de escribir. “Observación” es el último poema antes de pasar a la cuarta parte del libro y nos da cuenta de una cierta distancia temporal respecto de los poemas anteriores, aludiendo a la vivencia intrahospitalaria y la enfermedad misma como un trauma que todavía acecha en sueños y del que la hablante parece aún estar recuperándose, tal como es posible apreciar en los siguientes versos “durmiendo un sueño sin simulacros/ conservando la misma temperatura/ recuperándome/ de una enfermedad antigua” (p. 57).

Finalmente, la última sección del libro, como ya dijimos, es “Glosario”. Se trata de un apartado importante, pues amplía el peso crítico al sistema médico que el poemario ha venido señalando en las partes anteriores. Pese a que el glosario remite tradicionalmente a la aclaración de términos presentes en un texto, aquí la definición se inscribe dentro de una terminología poética que da cuenta de una consciencia sobre el lenguaje. Asimismo, aunque el cuerpo de las definiciones esté justificado —es decir, mantiene una estructura tradicional de párrafo—, también se hace presente la separación por versos en repetidas oraciones al momento de leer. En este recorrido presentado en orden alfabético, vuelven a aparecer todas las problemáticas tratadas en el poemario: el dolor, la enfermedad, la despersonalización, la mudez, lo hospitalario, etc. Esto entrega al lector/a una profundización hacia la interioridad de la experiencia de la hablante lírica, pues el gesto de definir desde lo subjetivo funciona como un acto reivindicatorio de la palabra, que es justamente el elemento que se disputa a lo largo de esta poética. Pareciera ser que el hecho de incorporar un glosario se relaciona con el modo de articular un discurso consecuente con la experiencia personal y no con las lecturas de la enfermedad hechas desde un organismo patriarcal capitalista como lo es el sistema médico. “Glosario” compone textualmente un desvío respecto de las formas tradicionales en que se construye la poesía, puesto que resignifica el modo de entender la enfermedad y además posiciona la experiencia intrahospitalaria como una muerte en vida en la medida que imposibilita la oralidad: “Asesinado: Víctima de una involuntaria extracción de lengua/ Mudo” (p.62).

A modo de conclusión, *La enfermedad del dolor* de Alejandra González es un libro cuya escritura es estéticamente directa, a lo que se suma un valor político y ético. Su estilo confrontacional genera un espacio que interpela al lector/a y sus concepciones respecto a la enfermedad. La forma de enunciar no es críptica, lo que implica la posibilidad de llegar a un público más amplio, y democratiza el quehacer literario. Es un poemario que, además, invita a lecturas que, por ejemplo, pueden realizarse desde una perspectiva psicoanalítica y/o foucaultiana en relación al poder que ejercen los recintos de reclusión hospitalaria. Por otra parte, la obra de González Celis es visceral —en vista del imaginario visual del cuerpo desde su interior— y política ya que parece remover los saberes dominantes de la tecnocracia que prioriza la separación entre cuerpo y órgano. Todo aquello con el fin de cambiar el ángulo desde el que suele verse tanto al cuerpo enfermo como a la enfermedad en sí misma. De esta manera, la voz poética cuestiona la higienización de las corporalidades abyectas con el fin de devolverles su capacidad de comunicar su propia experiencia.

Es posible afirmar que es un poemario indispensable dentro de la generosa producción poética que existe en nuestro país en que el cuerpo enfermo protagoniza los desvíos a la normalización binaria de la salud y la enfermedad. De igual modo, dentro del campo cultural, la problematización de la enfermedad comienza a verse de forma más frecuente en la literatura desde la década del 2010, donde poemarios como *Chagas* (2010) de Ivonne Coñuecar inscriben la enfermedad como metáfora de la marginalidad latinoamericana; *Territorio cercado* (2015) de Maha Vial habla del cuerpo enfermo en relación con la tortura en dictadura. En narrativa, *Impuesto a la carne* (2010) de Diamela Eltit y *Sangre en el ojo* (2012) de Lina Meruane posicionan a la enfermedad como alegoría nacional. Dicho esto, *La enfermedad del dolor* sienta un precedente temático al politizar el cuerpo afectado por la enfermedad, lo que deviene en una propuesta innovadora dentro de las poéticas nacionales.

Referencias

- Coñuecar, I. (2010). *Chagas*. Fuga.
Eltit, D. (2010). *Impuesto a la carne*. Planeta.
González, A. (2022). *La enfermedad del dolor*. Libros del Pez Espiral.
Meruane, L. (2012). *Sangre en el ojo*. Eterna Cadencia.
Vial, M. (2015). *Territorio cercado*. Ediciones Kultrún.

Reseñado por Francesca Herbas Aroca

Correo: herbasfrancesca@gmail.com ORCID: <https://orcid.org/0009-0002-6525-5840>

Licenciatura en Letras

Universidad Andrés Bello

Chile